

## OLAS DE INDIGNACIÓN Y SU LÓGICA POLÍTICA: MOVIMIENTOS SOCIALES Y NUEVAS EXPRESIONES DE RADICALISMO DE CLASE MEDIA

**ELÍSIO ESTANQUE<sup>1</sup>, DORA FONSECA<sup>2</sup>**

### **1. Introducción**

El contexto de la Unión Europea ha sido un escenario privilegiado de emergencia de nuevos actores colectivos en los últimos años. Estos muestran características distintivas tanto en lo que se refiere a los modos de acción y a la distancia de la dinámica institucional. Su formación ocurre en un contexto de cambios profundos que revelan la difícil acomodación de las sociedades contemporáneas a los procesos de modernización. Por un lado, el desempleo creciente, el desmantelamiento del Estado del bienestar y la segmentación del mercado laboral, entre otras cosas, imponen una redefinición de sociedad salarial. Por otra parte, la democracia liberal es cuestionada y los signos de desafección hacia las instituciones democráticas y el aparato estatal son evidentes. Además de la dominación de una visión agregativa de la democracia, que se considera estar en los orígenes de este descontento y de la galopante crisis de legitimidad que afecta a las democracias occidentales (Mouffe, 2000), una nueva cuestión social parece estar en juego dado que las relaciones laborales y la democracia, tal y como los conocemos, están siendo interrogados.

Las protestas que nos ocupa son multicausales y parten de un contexto de movilización generalizada que abarca no sólo las sociedades capitalistas desarrolladas, sino también otras consideradas en general como menos desarrolladas. Este sería el caso de países como Brasil,

---

<sup>1</sup>Elísio Estanque es profesor en la Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra (Portugal) e investigador del Centro de Estudios Sociales (CES) de la misma Universidad, profesor visitante en la Unicamp – Universidad Estadual de Campinas (São Paulo – Brazil), e investigador en el CESIT/Economía y en el IFCH/Sociología; [elisio.estanque@gmail.com](mailto:elisio.estanque@gmail.com)

<sup>2</sup>Dora Fonseca es estudiante de doctorado en la Facultad de Economía y en el Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad de Coimbra (Portugal); [dorajfonseca@gmail.com](mailto:dorajfonseca@gmail.com).

Túnez y Egipto. En ese sentido, nuestra intención es hablar de los últimos ciclos de protestas sociales que tienen lugar por todo el mundo (destacando el Sur de la Europa), enfatizando el caso de los indignados y tomándolos en un sentido más amplio que incluyen el caso portugués (Estanque, Costa y Soeiro, 2013). El estancamiento al que se enfrentan las sociedades occidentales es el resultado de lo que Erik Olin Wright (2012) ha llamado de fin del compromiso de clase positivo. Según él, hay tres logros principales de la democracia social después de la II Guerra Mundial: un sistema de diversas formas de seguridad social pública, un régimen de impuestos suficiente para que el Estado pueda financiar un conjunto amplio de bienes públicos, y un sistema de regulación del sistema capitalista y de sus externalidades negativas. El consenso sobre estos logros ya no existe. Eran el resultado de un compromiso de clase positivo entre la clase capitalista y las fuerzas de la clase obrera. Ahora bien, como el asalto al Estado afirmativo se ha intensificado, lo que lo obligó a retirarse de su anterior función expansiva, y bajo el espectro de una crisis del sistema capitalista, ya no parece aplicarse esta clase de compromiso a las sociedades contemporáneas.

La imposición de las sociedades de la austeridad a las poblaciones parece ser la norma hoy en día. Los poderes dominantes presentan la austeridad como la única forma de superar la crisis económica. La austeridad es definida por Ferreira (2012) como una palabra-acción que significa el proceso de aplicación de medidas políticas y económicas que conducen a la disciplina y a la restricción de los derechos económicos, sociales y culturales. Esta idea es inseparable de la idea de fatalidad e implica el reconocimiento y la aceptación de que las soluciones para la crisis que se pueden encontrar son a través de las personas y de sus privaciones objetivas, ya sea por medio de recortes en los salarios y prestaciones sociales o de la supresión de las formas de conflicto y de los derechos de los trabajadores. La crisis es utilizada como argumento e instrumento para subordinar a los trabajadores, los gobiernos y a la sociedad entera a la voluntad del capitalismo global y a los mercados. La idea de la fatalidad es generalizada pero la sociedad civil no se ha conformado en el fatalismo del discurso dominante. Por el contrario, ha venido dando pruebas de gran dinamismo y capacidad de auto-organización.

Las formas contemporáneas de la acción colectiva, que en su mayoría son identificadas con los nuevos movimientos sociales, son pensadas como no teniendo nada que ver con la lucha de clases. Algunos piensan que, en la sociedad contemporánea, el conflicto central sufrió un desplazamiento hacia la cultura/identidad o que se ha fragmentado en campos o problemas específicos. Aunque se reconozca la presencia de tipos de antagonismo que derivan de cuestiones que no tienen que ver estrictamente con el conflicto de clase, rechazamos la negación de la importancia de la clase social o de unabase socio-estructural para la acción colectiva, en lo que concierne a las olas de indignación o, más concretamente, los indignados. Creemos que las clases medias, y en particular las nuevas clases medias, desempeñan una función importante en el desarrollo de las olas de indignación. Además del crecimiento extraordinario del precariado, compuesto, según Standing (2011), por personas que desarrollan relaciones mínimas de confianza con el capital o con el Estado, y que no son abarcadas por las premisas del contrato social, estos elementos deben ser tenidos en cuenta cuando se habla de la reciente ola de protestas.

Las protestas en contra la austeridad y que cuestionan la legitimidad del sistema democrático han descubierto una nueva comprensión de la política y de las formas de participación, ya que “nuevos grupos, idiomas, propuestas y rebeldes están surgiendo y, en muchos países del Occidente, la sociedad en su conjunto parece estar en movimiento y pidiendo nuevos programas y repertorios políticos” (Estanque y Costa, 2012:257). Ese desplazamiento subraya la función que desempeña la sociedad civil. Para Jean Cohen y Andrew Arato (2000), el concepto de sociedad civil define un campo amenazado por la lógica de administración y los mecanismos de mercado, y al mismo tiempo constituye la principal zona de expansión potencial de la democracia en los regímenes democrático-liberales. Los autores enfatizan la importancia de la diferenciación de la sociedad civil de la sociedad política de partidos, organizaciones políticas y de una sociedad económica compuesta por las organizaciones de producción y distribución. Sin embargo, como afirman los autores, en el contexto de las democracias liberales, sería un error presuponer sin cuestionamiento la oposición de la sociedad civil al Estado y a la economía.

La relación antagónica entre la sociedad civil y la economía o el Estado sólo se plantea cuando las mediaciones entre ellos fallan o cuando las instituciones políticas y económicas actúan a fin de aislar los procesos de decisión y las formas de debate público. Los países sometidos a programas de rescate se ven obligados a llevar a cabo reformas estructurales a cambio de ayuda financiera, lo que resulta en una pérdida de autonomía nacional en lo que concierne las decisiones políticas y económicas. En estas circunstancias se dibuja un antagonismo hacia los tres actores, y desde allí surge nuestro actor colectivo: los indignados. Uno podría decir que la formación de los indignados sucede de la aplicación de una nueva lógica de gestión que busca la imposición de una sociedad de austeridad.

La noción de conflicto es fundamental. Su aspecto más importante es, según Alain Touraine (1981, 1982, 1984), la definición clara de un adversario o enemigo y su carácter no negociable. El conflicto se define en términos de valores culturales compartidos por ambos adversarios, que luchan por su apropiación. Otros autores han hecho hincapié en el hecho que una acción colectiva está a menudo conectada con una crisis del sistema y la identifican con una expresión de un desglose de los mecanismos funcionales y de integración de un conjunto determinado de relaciones sociales. Los grupos dominantes tienden a definir los movimientos sociales como meras reacciones a la crisis o a reducirlos a mecanismos disfuncionales del sistema, haciendo hincapié en un contenido negativo que impide el reconocimiento de las demandas colectivas que cuestionan la legitimidad del poder y la implementación actual de los recursos sociales (Melucci, 1996). Argumentaremos que las tesis dominantes que presentan a los indignados como meros síntomas de una crisis de coyuntura, sin un propósito o un conjunto de propuestas, y por lo tanto como actores sociales de importancia menor, es errónea. Nuestro argumento general es que representan una señal de que algo está cambiando en la balanza de fuerzas que ha sostenido el consenso dominante en torno de las clases dominantes y sus concepciones del mundo, y que esa señal está conectada con una reorganización de la estructura de clases.

## **2. Los Indignados, Acción Colectiva Contemporánea y Los Nuevos Movimientos Sociales**

Las olas de indignación forman parte de un contexto global de lucha. Su inicio puede situarse en el año 2011, a pesar de que sus raíces se remontan al movimiento antiglobalización. Estas movilizaciones presentan elementos comunes. Uno de ellos es sin duda el descontento que resulta de las condiciones económicas insoportables y de la creciente incapacidad de los gobiernos nacionales para hacer frente a la situación. Otro elemento es la crisis de legitimidad del sistema político y de la democracia representativa. En Europa, los nuevos movimientos sociales luchan contra las consecuencias de una crisis financiera devastadora y una clase política que no representa a los intereses de los ciudadanos, especialmente en lo referente a las opciones políticas para la superación de la crisis económica.

Los indignados surgieron en España con la protesta del 15 de mayo 2011, convocada en más de cincuenta ciudades, y, como ya hemos dicho, reflejan una variedad de protestas que vienen ocurriendo en el Sur de Europa en los últimos años. En cierto grado fueron influenciados por la protesta portuguesa ocurrida dos meses antes, el 12 de Marzo (laGeração À Rasca), en la que cientos de miles llenaron las calles de varias ciudades (por lo menos 200 mil sólo en Lisboa y Oporto). Los manifestantes fueron motivados por su descontento hacia la clase política y los sucesivos planes de estabilidad y de crecimiento impuesto por el gobierno, por la pérdida de su futuro y la negación de perspectivas.

En España, las protestas fueron motivadas por la crisis que empezaba a afectar a un número de países de la Eurozona. Las señas más importantes eran las altas tasas de desempleo (22% y 47% entre los jóvenes, en 2011), recortes de presupuesto en salud, educación y servicios sociales. También los sindicatos y los partidos políticos eran duramente criticados por sus estrategias ineficaces e inacción. La movilización comenzó con la creación de un grupo en Facebook, la Plataforma de Coordinación de Movilización de Grupos Pro-Ciudadanos, que incluía algunas redes de activismo y movimientos por la justicia global como Juventud Sin Futuro y la Plataforma de Afectados por las Hipotecas. La plataforma se convirtió en una red descentralizada de núcleos anónimos en distintas ciudades, bajo el nombre Democracia Real Ya. El debate se centró en la mala gestión de la crisis por parte del sistema político, denunció la falta de democracia y la incapacidad de los partidos políticos de representar a los ciudadanos.

Durante cerca de dos meses, el debate y movilización a través de herramientas de ciberactivismo fueron constantes y culminaron en la decisión de la fecha de la primera protesta: 15 de mayo de 2011. La participación popular fue expresiva: decenas de miles de personas en 53 ciudades. No fue convocada por ningún partido político, sindicato o asociación de la sociedad civil, y fue ignorada por los grandes medios de comunicación. La protesta del 15 mayo fue simplemente divulgada en redes sociales tales como Facebook y Twitter. Y su éxito llevó a un pequeño grupo de 100 manifestantes a ocupar, de forma espontánea, la Plaza del Sol, en el corazón de Madrid. Ellos fueron desalojados violentamente por la policía, con varias detenciones y heridos. La brutalidad de la policía reforzó la motivación de los manifestantes y una llamada a tomar nuevamente la plaza se difundió rápidamente a través de las redes sociales. Al día siguiente

miles de manifestantes regresaron y volvieron a ocupar la plaza. Cada día más personas se unieron a la ocupación y la acampada continuó a crecer. Entre cinco mil y cincuenta mil personas ocuparon la plaza en esos días. Los medios de comunicación social se referían a ella como "la república de Sol" y la "Spanish Revolution". Fueran creadas cocinas para la distribución gratuita de alimentos, el principal cartel fue cubierto con las palabras "Europa de pie!", y la realización de asambleas populares para decidir el sentido del movimiento era casi constante. Las protestas lograron expandirse a otras plazas y el centro de Madrid se convirtió en una actividad masiva en la calle, con talleres de teatro político y personas bloqueando los bancos.

El movimiento de ocupación iniciado en la capital se extendió rápidamente por toda España. En pocos días, en más de 100 ciudades españolas, tuvieron lugar ocupaciones similares en las plazas principales, y pronto se extendieron a alrededor de 800 ciudades por todo el mundo. La temporalidad de las protestas fue un factor clave pues una semana después las elecciones autonómicas debían comenzar una semana después. Las ocupaciones fueron declaradas ilegales ya que se creía que interferían con el período de reflexión antes de las elecciones. El movimiento exigía cambios en las leyes electorales, que en teoría romperían con el dominio de los dos grandes partidos políticos. Las consignas del movimiento eran claras: "no nos representan", "la lucha es en la calle" y "democracia real ya". Después de eso, las movilizaciones continuaron bajo diferentes formas, pero las ocupaciones del espacio público (acampadas) terminaron a principios de julio.

La protesta de los indignados fue dirigida contra el sistema y sus instituciones, que no tendrían en cuenta los intereses de los ciudadanos. Esta idea es central en la formulación "no nos representan", pues creen que son excluidos por el sistema. Los temas centrales son los límites del sistema democrático representativo, el alto nivel de desempleo, las reformas laborales, programas de rescate y su correlación con la pobreza. En conjunto, estos problemas frustran las expectativas de futuro, especialmente las de movilidad social ascendente, ya que diversos sectores de la población se enfrentan a la posibilidad de una degradación del status social y de las condiciones de vida. Como se ha enfatizado anteriormente, se tratan de protestas multicausales que van más allá del marco estrictamente económico. Sáenz (2014) señala la presencia de cuatro temas principales, de lo más a lo menos importante, en lo que se refiere a la reciente ola de protestas: la justicia económica y la austeridad, la falta de representación política, justicia global y derechos de ciudadanía.

Los indignados pueden ser vistos como precursores de una crítica de la democracia representativa y de las lógicas de la mercantilización de la vida. Critican la acción de los partidos políticos y, a veces, asumen incluso una postura anti partidos políticos. Son escépticos sobre el funcionamiento de la democracia hoy en día y, están muy atentos a la acción de las instituciones políticas y sus actores. Defienden un modelo de democracia basada en la participación directa. El lema "no nos representan" expresa el rechazo generalizado de la democracia representativa. Abogan la participación directa de los ciudadanos en los procesos de toma de decisiones, que es algo que las asambleas populares producen espontáneamente en el curso de las protestas. Por lo tanto, la preocupación con la transformación del proceso político democrático es central.

Desde el comienzo, los indignados basaron su práctica política en los principios de la democracia directa. Las asambleas populares se convirtieron en el principal foro para la toma de decisiones, planificación de acciones y formulación de demandas. Estas asambleas son fundamentales para dar forma a un movimiento que empezó con un manifiesto político muy general y sin cualquier organización formal. Las demandas fueron debatidas apasionadamente y acordadas en las calles. Una serie de comisiones, cada una con sus propias asambleas, se formaron para tratar cuestiones políticas y pragmáticas. En Madrid, alrededor de 22 comisiones se reunieron casi constantemente. Todas las comisiones respondían ante la Asamblea General, el más alto órgano de toma de decisiones para las cuestiones más importantes, que se reunía diariamente y donde participaban miles de personas. Las asambleas y comisiones funcionaban con una mezcla de consenso o voto de la mayoría y tenían una estructura horizontal, sin líderes, y un portavoz.

Esta configuración no es específica de lo movimiento de los indignados en sí mismo sino un rasgo común de la reciente ola de protestas en diferentes continentes (los indignados y los movimientos de lucha contra la precariedad, Occupy Wall Street, Primavera Árabe, las protestas brasileñas en 2013, etc.). Estas protestas se difundieron de forma contagiosa, apoyadas en herramientas de ciberactivismo y de comunicación social, y su formación dependió de la transformación del miedo en esperanza, como dijo Castells (2013). Las redes funcionaban no sólo como contexto en el que se formaron los movimientos sino también como protección de los poderes dominantes, una vez que ellos actúan a través de redes altamente organizadas. Los movimientos mencionados son, según Castells (ibíd.), un tipo particular de movimientos sociales. El autor se refiere a ellos como movimientos en red y afirma que las redes son la forma asumida por los movimientos sociales contemporáneos. Las redes son espacios de autonomía, y en combinación con la ocupación de las zonas urbanas y espacios simbólicos, crean un nuevo espacio público donde es posible realizar actividades autónomas (ibíd.).

El actor colectivo al que nos referimos sigue las tendencias contemporáneas de acción colectiva, visibles en la ampliación de las redes horizontales, forma reticular y fuerte dependencia en respecto al uso de las nuevas tecnologías como medios de comunicación, entre otros elementos. El ciberactivismo es una característica distintiva que ha permitido la expansión geográfica de la indignación, lo que pone en evidencia su carácter modular, en consonancia con las tendencias contemporáneas (Melucci 1996; Tarrow 1998). Su composición está muy influenciada por las tendencias de flexibilización del trabajo y del empleo, que abarcan principalmente a los jóvenes, mujeres, inmigrantes y desempleados. No es descabellado decir que las clases medias, en particular las nuevas clases medias, son los sectores en los cuales la indignación es más frecuente. Como hemos dicho en otro momento, "los nuevos sectores de trabajadores precarizados y desempleados altamente cualificados que tienen participación en el actual movimiento de los indignados" están "luchando contra un sistema que frustra sus perspectivas de estabilización en una vida de clase media" (Estanque, 2012: 97).

Las formas contemporáneas de acción colectiva son identificadas frecuentemente con los nuevos movimientos sociales. Estos presentan una serie de características que subrayan el carácter distinto de los conflictos emergentes. Melucci (1996) las resume de la siguiente manera:

(i) heterogeneidad y baja negociabilidad de los objetivos; (ii) tendencia a ignorar el sistema político y desinterés hacia la idea de tomar el poder; (iii) desafío de la separación moderna entre lo público y lo privado; (iv) superposición entre desviación y movimientos sociales; (v) solidaridad como objetivo de la acción; y, (vi) énfasis en la participación y acción directas. Otros autores proponen enfoques similares. Por ejemplo, Scott (1990) conecta los nuevos movimientos sociales con cuestiones que, entre otras cosas, pueden ser contextualizadas en términos de derechos civiles y la ciudadanía. Offe (1985) los percibe como siendo claramente de forma diferente, a pesar de considerar que los valores defendidos por ellos no son "nuevos" en sí mismos, sino que son parte del repertorio de la cultura dominante, heredado de los movimientos progresistas de la burguesía y de la clase trabajadora. Della Porta y Diani (1999) también cuestionan la "novedad" de los nuevos movimientos sociales, una vez que dentro de los nuevos movimientos sociales parecen convergir grupos sociales anteriormente activos en movimientos de oposición "históricos". Esto señala la existencia de una continuidad entre las diversas formas de oposición. En ese sentido, según ellos, los "nuevos" movimientos representan una nueva forma de organización de coaliciones de clase que están más preocupadas con la protesta que con la acción política institucional.

Por lo general, los autores ubicados en el paradigma de los nuevos movimientos sociales creen que sus formas de organización y sus preocupaciones resultan de la proliferación de la crisis de credibilidad de los canales convencionales de participación en las democracias occidentales y argumentan que sus características ideológicas son muy distintas de las del movimiento de la clase obrera. El alejamiento deliberado del actor de la clase obrera es utilizado para poner en entredicho la capacidad de transformación social de los nuevos movimientos sociales. Destacando el carácter contingente de la historia y de la sociedad, autores como Alain Touraine (1984) niegan atribuir potencial de transformación social exclusivamente al movimiento obrero y subrayan el hecho de que no se determine de antemano qué grupos sociales están destinados a ser protagonistas. Nuevos tipos de conflictos son posibles y nuevos actores sociales pueden desempeñar un papel central en la transformación social.

Los temas centrales a los nuevos movimientos sociales son aquellos cuyo predominio y urgencia emergen de los procesos de ampliación e intensificación de la irreversibilidad de las formas de dominación y privaciones. Estas cuestiones se ven agravadas por la creencia de que las instituciones políticas y sus actores son ineficaces e insuficientes para hacer frente a los nuevos desafíos. Por lo tanto, el surgimiento de nuevos movimientos sociales resulta de contradicciones internas e inconsistencias en el sistema de valores de la cultura moderna, en lugar de surgir de un enfrentamiento entre valores "dominantes" y "nuevos" valores. Sin embargo, las movilizaciones recientes también revelan algunas características comunes de las redes virtuales, como sostiene Manuel Castells cuando se refiere al caso de Túnez: (1) la existencia de un grupo de jóvenes diplomados y desempleados, capaces de llevar la rebelión sin la ayuda del poder tradicional y de las estructuras de representación; (2) una cultura de ciberactivismo muy fuerte, que ayudó a crear un espacio público crítico contra la dictadura y autónomo respecto a la represión del Estado; y (3) una alta tasa de difusión del uso de Internet, sea por medio de conexiones particulares, sea en cibercafés o espacios educativos, que, junto con la presencia de sectores juveniles muy

cualificados y sin empleo, hizo de la juventud un actor central de la revolución (Castells, 2012, 28-29).

Aunque, por lo general, se suponga que los nuevos movimientos sociales son expresión de nuevos tipos de conflicto, es exagerado decir que las dimensiones material y redistributiva han perdido su importancia en los conflictos contemporáneos, asumidos por movimientos en los cuales la clase trabajadora ya no es central (Brooks y Manza 1994 apudella Porta y Diani, 1999). El conflicto social concierne una noción general de la calidad de vida, bien como la asignación de recompensas materiales por entre los diferentes grupos sociales. Es posible observar, en el contexto de las políticas de austeridad, el regreso a las luchas materialistas. Ese parece ser el caso de la ola de protestas de indignación.

Los nuevos movimientos sociales adoptan formas de acción extra institucionales y esto puede justificarse por la incapacidad y falta de respuesta de las instituciones democráticas. Muestran una preferencia por el uso de prácticas no convencionales de acción política no porque carecen de experiencia con sus formas tradicionales, sino como resultado de experiencias negativas o insatisfactorias.

A la luz de lo que antecede, nos parece posible ubicar los Indignados en el ámbito de los nuevos movimientos sociales. En la sección siguiente, su carácter político será discutido y tenido en consideración como un elemento que contribuye, o puede contribuir, para la redefinición de la lucha por la hegemonía en las sociedades contemporáneas europeas.

### **3. Indignación, antagonismos y conflictos**

El concepto de hegemonía es el terreno adecuado para el debate en torno a de la dimensión política de nuestro actor colectivo. Tradicionalmente vinculado a Gramsci, este concepto desarrollado posteriormente por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Las dos teorizaciones serán utilizadas para demostrar el carácter político de los indignados y su importancia en los contextos político y social actuales. En Gramsci, el concepto de hegemonía permite reconocer y comprender la configuración de un nuevo equilibrio de fuerzas en el plano político, por medio de la emergencia de un nuevo bloque histórico que cuestiona al consenso que mantienen las democracias liberales y el sistema capitalista. Gramsci (1971) establece dos grandes niveles superestructurales: la sociedad civil y la sociedad política o el Estado, que corresponden a la función de "hegemonía" que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y a la dominación ejercida por el Estado y gobierno jurídico, respectivamente. La hegemonía es definida como el consenso espontáneo de las masas a la dirección general de la vida social impuesta por el grupo fundamental dominante, y ese consentimiento es históricamente causado por el prestigio y la confianza que el grupo dominante tiene debido a su papel en el mundo de la producción. La hegemonía reside en el ámbito de la sociedad civil e implica una visión del mundo no sólo apreciada por los grupos dominantes, sino que también apoyada activamente y articulada por los grupos subordinados y los aliados. También explica cómo un grupo particular logra ejercer liderazgo intelectual y moral sobre otros grupos, llevándolos a abrazar su visión del



mundo, lo que presupone una unidad intelectual y una ética en conformidad con una concepción de la realidad (Ibid). Los que ejercen la hegemonía tienen de conocer y respetar los intereses de aquellos sobre quienes la ejercen y, por lo tanto, presupone un cierto equilibrio con el cual los primeros se han comprometido (Ibid, 1974). Así, una crisis de hegemonía, la ruptura del consenso, podría ser identificada con el desprecio de las clases dominantes ante los intereses de las clases subalternas. La formación de un bloque histórico depende de la verificación tanto de una visión del mundo como de un tipo adecuado de acción política colectiva.

La existencia de una voluntad colectiva, así como las condiciones que permiten su formación, han preocupado a Gramsci a lo largo de su obra. Considera que la cuestión debe ser planteada en términos de si las condiciones para el desarrollo de una voluntad colectiva nacional-popular están disponibles. Si una determinada formación se encuentra todavía en lo que el autor llamó la fase económico-corporativa, la construcción de colectivos populares tendrán que hacer frente a graves limitaciones o será mismo imposible. Eso depende de la posibilidad, por un lado, de alianzas entre diferentes grupos sociales y, por otro, de desarrollo de una reforma intelectual y moral que ofrece una nueva visión del mundo. Una conciencia nueva e independiente de las clases subordinadas no puede formarse sin la ruptura del consenso que sostiene el "viejo orden", sin romper la unión de la ideología tradicional.

Los conceptos de Gramsci a los cuales nos referíamos, aunque brevemente, pueden aplicarse a las olas de indignación y son fundamentales para su comprensión. La indignación corresponde a la ruptura de la hegemonía ejercida por las clases dominantes. La ola de protestas ha erosionado el consenso en torno de la gobernabilidad neoliberal y de la democracia liberal y representativa, y así se han establecido las bases de lo que Gramsci ha denominado una guerra de posición, que corresponde a la separación de las clases subalternas frente a la visión dominante del mundo. En ese contexto, la construcción de alianzas entre las clases subalternas o grupos dominados es esencial para la emergencia de una concepción alternativa del mundo (Ibid, 1971, 1974). En el caso de los indignados, la protesta es llevada a cabo por una alianza compuesta por elementos de la nueva clase media, clases medias antiguas y grupos empobrecidos y excluidos. Esa alianza se opone a la visión dominante del mundo, rechaza el consenso en torno de ella y propone una concepción alternativa. La existencia de un nuevo bloque histórico no puede tomarse como una certidumbre pues sería prematuro, aunque podamos hablar de la formación de un nuevo bloque histórico, que supone un nuevo sentido político-ideológico y el consenso como condiciones de acceso y mantenimiento del poder.

La formación de un nuevo bloque histórico implica no sólo la creación de un nuevo sistema hegemónico, sino también una crisis de hegemonía de la clase dominante en resultado de su fracaso en la ejecución de una tarea o de una movilización inesperada de las masas y su participación en la vida política. En lo que se refiere a los indignados, su organización, objetivos y participación en vida política institucional son limitados, pero su aparición y modularidad son congruentes con una movilización inesperada de las masas. Por otra parte, a pesar de las limitaciones que se pueden señalar, es innegable que el consenso que permite a las clases dominantes gobernar e imponer su visión del mundo está siendo sacudido, y, por lo tanto, un nuevo equilibrio de fuerzas puede surgir.

El concepto de hegemonía fue desarrollado también por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que lo tornan más adecuado a la configuración social del capitalismo tardío, con el objetivo de identificar las disputas hegemónicas en las formaciones contemporáneas. Su concepto de hegemonía es un producto de la interacción entre la lógica política de Gramsci y una serie de categorías post-estructuralistas, y que en llenan el vacío dejado por la necesidad histórica pre-establecida del marxismo, respondiendo al problema de las situaciones concretas de contingencia (Laclau y Mouffe, 2010).

En su análisis de la lógica política del populismo, Ernesto Laclau (2010) se basa en tres categorías con el objetivo de evaluar la construcción de un pueblo: discurso, significantes vacíos y hegemonía, y retórica. Las dos primeras categorías nos sirven para identificar un antagonismo<sup>3</sup>. La primera categoría, el discurso, es concebida como un complejo de elementos dentro de los cuales las relaciones juegan un rol constitutivo. La construcción del actor "Indignado" no se puede disociar ni del contexto relacional dónde ocurre (las sociedades de austeridad), ni de los agentes que actúan en él (Estado, mercados e instituciones internacionales). Hay que analizarlo teniendo en cuenta esas interconexiones complejas.

La segunda categoría, significantes vacíos y hegemonía, requiere, en primer lugar, la comprensión conceptual de la totalidad, con el fin de diferenciarla de su exterior, y la única manera de constituir un exterior de verdad es si excluimos lo que queda afuera. Toda identidad esconstruida a través de tensiones entre las lógicas de equivalencia y de diferencia, y la totalidad es siempre al mismo tiempo imposible y necesaria. En ese sentido, la constitución de los indignados ocurre por medio de su diferenciación del discurso dominante, es decir, de las instituciones y prácticas que transmiten el discurso de la austeridad. Si una diferencia asume la representación de una totalidad inconmensurable, la operación se denomina hegemonía. La identidad hegemónica es un significante vacío<sup>4</sup> que transforma su singularidad en una totalidad que es al mismo tiempo inalcanzable y un horizonte posible. Por medio de su diferenciación del sistema dominante, los indignados representan a todos los que son afectados por la lógica neoliberal del sistema (la totalidad inconmensurable): el pueblo, los "99 %". La acumulación de demandas insatisfechas y la incapacidad creciente del ámbito institucional en incorporarlas promueven la construcción de relaciones de equivalencias, así como la constitución de una frontera interior y la dicotomización del campo político.

La política es el espacio del antagonismo y del conflicto (Mouffe, 2007). Hay una división dicotómica entre las demandas sociales insatisfechas y el poder que las pasa por alto, lo que resulta en la exclusión de los elementos identificados con el poder, que por eso son considerados ilegítimos. Laclau y Mouffe(2010) sostienen que la resistencia sólo se plantea como política cuando deja de oponerse a una instancia concreta de dominación y pasa a tener como objetivo la

<sup>3</sup> Aunque nuestra propuesta sea aplicar la lógica política del populismo, no consideramos que los Indignados sean un caso de populismo.

<sup>4</sup> Los significantes vacíos permiten la unificación de múltiples demandas en una cadena de equivalencias heterogénea.

desaparición de la estructura de subordinación en su totalidad. En ese caso, las formas normalizadas de sumisión son ilegítimas y la eliminación de la subordinación y construcción de una alternativa pueden ser imaginadas por los actores sociales. Los indignados son vehículos de una crítica y rechazo del orden social actual y buscan una alternativa. Su dimensión política es, por lo tanto, incuestionable.

La referencia a una alternativa es un elemento fundamental en el discurso de los indignados, aunque ese sea aún indefinido e incoherente. Sin embargo, esto no es necesariamente un punto crítico. Marcuse (2002) subraya que la sociedad industrial actual ha llegado a la etapa en la cual ya no puede ser adecuadamente definida en los términos tradicionales de las libertades económicas, políticas e intelectuales. Los nuevos modos sólo serían mencionados en términos negativos. Los poderes dominantes critican a los indignados por la presunta falta de propuestas concretas para el cambio social, sus principios ideológicos borrosos, y formulación de demandas en términos negativos. Subrayan lo que no quieren en lugar de formular, en términos positivos, propuestas concretas. El capitalismo global y la democracia representativa son los blancos principales, pero no se presentan alternativas concretas para su sustitución. El carácter utópico que el discurso dominante atribuye a algunas de las propuestas es, como subraya Marcuse (ibíd.), indicativo no de su carácter irrealista, sino de la potencia de las fuerzas que impiden su realización.

La falta de carácter propositivo de las protestas repercute en la tendencia de los poderes políticos en ofrecer soluciones tecnocráticas para los problemas, como es el caso de la sustitución de gobiernos elegidos por gobiernos de tecnócratas presuntamente neutrales, como en Grecia e Italia. Esa opción política ha evolucionado hacia un estado permanente de la excepcionalidad y austeridad (Ferreira, 2012). En Portugal y España, las protestas se basaban en la premisa fundamental de la auto-organización y buscaban la constitución de un movimiento de la sociedad civil capaz de ejercer presión sobre los gobiernos y partidos políticos.

#### **4. Indignación, clases medias y precariado**

El cambio de las propiedades del sistema social producen diferentes precondiciones estructurales para el conflicto y crean la posibilidad de conflictos de diferente tipo, una vez que las desigualdades generadas en la sociedad posindustrial proveen las bases estructurales para la aparición de nuevos actores colectivos (della Porta y Diani, 1999). Algunos estudiosos han destacado que el cambio social es responsable de la aparición de un nuevo estrato social, la nueva clase media, y que esa clase juega un papel central en los nuevos conflictos. Sus miembros son más propensos a involucrarse en conflictos de tipo diferente en resultado de su técnica y competencia cultural y económica de su posición funcional. A pesar de ser frecuente el hecho de cuestionar su capacidad de promover cambios sociales, hay fuertes evidencias de que los segmentos de las clases medias juegan un papel importante en las movilizaciones que han tenido lugar desde el primer trimestre de 2011. Plantean se preguntas importantes sobre las

posibilidades de transformación social de las clases medias, así como sobre su carácter conservador o, en su lugar, su rol en la construcción de un proyecto de transformación social.

Las experiencias de los años 60, de las cuales surgieron los nuevos movimientos sociales, dejaron claro que el conflicto social asume diferentes configuraciones y se extiende desde la producción a otros dominios (Estanque, 2011). Una serie de enfoques hacen hincapié en la "novedad" de los nuevos movimientos sociales no sólo porque ellos comparten una base de nueva clase media, sino también porque buscan la transformación de los valores y del estilo de vida a través de la acción directa sostenida por redes informales. Con frecuencia, son identificados con las expresiones de la pequeña burguesía dado que se trata de una protesta basada en una estructura objetiva, por un lado, bloqueada en la parte superior porque sus miembros no tienen el poder de tornar legítimas sus necesidades, y, por otro, distinta del proletariado, dado el control que ejerce sobre los medios de producción y sus puestos de trabajo en el sector público (Eder, 1993). Así, estas expresiones de la pequeña burguesía se distancian de lo que los participantes piensan ser la instrumentación de las clases más bajas, y destacan la legitimidad de las demandas expresadas.

Los nuevos movimientos sociales son, por lo general, considerados movimientos de las clases medias educadas, especialmente de la nueva clase media, o de los sectores más educados o privilegiados de los grupos menos favorecidos. Alain Scott, por ejemplo, propone esa interpretación (Scott, 1990). Se basa en el caso del Movimiento Verde alemán: los que participan en ese movimiento o en nuevos movimientos sociales formarían parte de una tercera generación que da forma a una nueva política de las personas "bien educadas" (con altos niveles de educación pero con poco poder). El autor defiende que los niveles de educación altos desempeñan un papel importante en los nuevos movimientos de activismo. La posición de Offe es similar, aunque él haga hincapié en el hecho de que sería inexacto identificar a todos los nuevos movimientos sociales con casos de radicalismo de clase media, ya que ellos están compuestos también por elementos de otros grupos y sectores, grupos periféricos o empobrecidos/excluidos, y elementos de la vieja clase media, con los cuales las clases medias tienden a formar una alianza más o menos estable (Offe, 1985). Parece ser el caso de las últimas movilizaciones en Portugal y España. La indignación es, en primer lugar, una marca de jóvenes con un nivel de educación alto, que se sienten traicionados por el capitalismo y por el sistema democrático. Pronto se extendió a otros grupos y sectores de la población, que han sufrido los efectos de las dinámicas de descualificación social, y se formó una alianza más o menos estable, que ha funcionado bien en los casos de movilizaciones para eventos específicos, como es el caso de las protestas.

Las nuevas clases medias son identificadas con los grupos que tienen un capital "cultural" y "educativo", pero con un acceso a los procesos de toma de decisiones políticas relativamente restringido. Hay una ambigüedad en la estructura objetiva de la clase media, que es vinculada al habitus de las nuevas clases medias (Eder, 1993). Ese habitus, que abarca la doble función de reproducir sus condiciones de existencia y que sirve como medio de acción colectiva, es determinado por la situación de clase entre las clases más altas y las más bajas. Sin embargo, el habitus no logra explicar la dinámica de auto-transformación y de la creatividad. Ese problema se

puede solucionar ubicando la construcción de un habitus en el proceso mismo de la acción colectiva (Bourdieu, 2011).

La política de clase media, identificada con la nueva política, es, en contraste con la política de la clase obrera, una política de una clase pero no en nombre de una clase (Offe, 1985). La nueva política expresa las frustraciones de la nueva clase media debido a que sus miembros se identifican y articulan un conjunto de cuestiones excluidas de la negociación política (Scott 1990) y puede estar conectado con el radicalismo de clase media. El radicalismo de clase media se dirige a las reformas sociales de contenido moral y que no benefician directamente a la clase media, antes se trata de beneficios de carácter público o en conexión con otros grupos, por lo que difiere del radicalismo de la clase obrera, que es transversal y específico de esa clase y dirigido a la realización de reformas de carácter económico o de naturaleza material (Parkin, 1968). En el primer caso, los beneficios son psicológicos o emocionales y no están vinculados a la clase o a intereses materiales, una vez que la satisfacción se deriva de la expresión de valores personales en el curso de la acción.

El contraste entre política de la clase trabajadora y política de clase media o nueva política puede ser analizado en términos de la distinción entre política expresiva y política instrumental. La política instrumental busca realizar objetivos concretos y hace hincapié en los fines más que en los medios empleados para atingirlos. De manera diferente, la política expresiva se preocupa menos de los logros concretos que de los beneficios y satisfacciones que brinda la actividad en sí. El énfasis se pone en la búsqueda del poder y en la estricta adhesión a principios y posiciones morales, respectivamente. En su estudio acerca de la Comisión para el Desarmamento Nuclear (CND), Parkin (Ibíd.) sugiere que el apoyo a ella puede ser analizado como un ejemplo de política expresiva, que, en gran medida, es sostenida por subbase de clase media.

El hecho de que las clases medias no actúan en nombre de sus intereses puede explicarse en parte por la seguridad económica de los radicales de clase media, así como por una relativa independencia con respecto a la propiedad privada de capital, lo que les permite interesarse por la política expresiva y ser menos predispuestos a la adopción de valores y políticas pro-capitalistas. En general, los miembros de la clase media ocupan profesiones creativas o en las estructuras del Estado de bienestar, por lo que a menudo se sugiere que tales valores profesionales les predispone a que participen en la política radical. Sin embargo, en el caso de Parkin, la conexión entre estas diversas ocupaciones y el radicalismo político es el resultado de la tendencia de los individuos que ya son radicales para elegir a estos tipos de empleo más que otros. La nueva clase media y su participación en nuevos movimientos sociales es considerada como una propiedad emergente de la opción individual en términos del empleo, moldeada por valores políticos, y que se pone de manifiesto en el marco de las limitaciones de la educación y del mercado de trabajo (Bagguley, 1995).

La naturaleza distinta de los reclamos expresados por los nuevos movimientos sociales se vincula a un cambio en los valores de los públicos occidentales, con un mayor énfasis en el bienestar material y la seguridad física hacia preocupaciones relacionadas con la calidad de vida (Inglehart, 1977). Las condiciones excepcionales de seguridad económica permitieron el cambio

hacia cuestiones menos relacionadas con la privación material o las necesidades inmediatas. Al mismo tiempo, tuvo lugar, en los años 70, un proceso de desplazamiento de la insatisfacción política de los grupos de bajos ingresos para los Post-Materialistas. Los cambios en la naturaleza de lo social son una señal de un proceso de cambio de valores, en el que predominan los valores Post-Materialistas, que hacen hincapié en la expresión y en la participación directa.

Teniendo en cuenta los elementos presentados, es evidente la presencia de expresiones de radicalismo de clase media y de la nueva política entre los activistas y simpatizantes de los indignados. Tanto en Portugal, como en España, las protestas iniciales fueron promovidas por estudiantes universitarios y trabajadores jóvenes calificados pero precarios, cuyas actividades y contextos sociales son de clase media. Sin embargo, los sectores de la población presentes en la reciente ola de movilizaciones, así como la naturaleza de la indignación, no se pueden separar ni de los procesos de degradación de las condiciones de vida ni de la expansión de precariedad laboral, y los dos afectan a grandes sectores de la población y de la fuerza de trabajo.

#### **4.1 Precariado y la indignación**

En esta sección, nuestro objetivo es poner de relieve la relación que existe entre lo que Guy Standing (2011) conceptualiza como precariado y el surgimiento de nuevos actores colectivos, promotores de nuevas demandas y de estrategias innovadoras de movilización. En opinión de Estanque y Costa (2012), las nuevas tendencias de acción colectiva reflejan una nueva interconexión entre dos lados distintos: el socio-cultural, que está relacionado con sectores estudiantiles y segmentos bien educados de la población; y el lado de los trabajadores, conectado con el precariado. En el contexto actual, la precariedad laboral es una de las principales preocupaciones y sus efectos perturbadores tienen un impacto negativo en todos los aspectos de la vida. La expansión de la inseguridad en el empleo pone en cuestión la universalidad atribuida, al menos en las sociedades occidentales, a la condición salarial moderna. Sus características y límites han sido redefinidos, despojándola de su carácter normativo y quebrando el vínculo que la unía a la idea de progreso que ha dominado la mayor parte del siglo XX.

La precariedad laboral es indisoluble del análisis de dos aspectos diferentes pero complementarios: la relación con el trabajo y la relación con el empleo. Paugam (2000) considera que la relación con el trabajo es parte de la lógica productiva de la sociedad industrial, en el sentido que transforma cada individuo en un potencial productor. Por otra parte, la relación con el empleo pone en relieve la protección del Estado de Bienestar y su lógica se basa en el acceso de los ciudadanos a los derechos sociales debido a su participación en el proceso de producción y pertenencia a la condición de ciudadanía. Mientras que la relación con el trabajo permite captar las dimensiones de satisfacción con la actividad, la relación con el empleo permite la distinción de grados de estabilidad con respecto al estatuto de empleo, definido por la naturaleza del contrato de trabajo. La inseguridad en el puesto de trabajo hace más probable la precarización de

las condiciones de vida, que tienden a perpetuarse en el tiempo y a transformarse en una condición permanente.

En las últimas décadas se ha delimitado una zona híbrida de la vida social entre trabajo y no trabajo, integración y desafiliación, dentro de la cual están ausentes las condiciones necesarias para que las personas puedan construir su independencia económica y social. Esa zona intermedia es inseparable de la construcción de una profunda sensación de incertidumbre en lo que respecta tanto la representación del futuro como la capacidad de actuar sobre él, en que la referencia al riesgo "desemboca en una representación totalizadora de la sociedad contemporánea como una 'sociedad del riesgo'" (Castel, 2010: 30). La especificidad de la sociedad del riesgo deriva del hecho de dejar de lado cualquier posibilidad de recuperar las seguridades ofrecidas a los asalariados por la sociedad moderna. Abarca nuevas formas e imágenes de la economía y del trabajo, de la sociedad y de la política, y envuelve dinámicas de individualización (Beck, 1998, 2000). Se espera que el individuo se haga cargo de su trayectoria personal y profesional, y que se adapte a los cambios sin ningún tipo de apoyo colectivo.

La interacción de esos factores lleva a lo que Guy Standing (2011) denomina el precariado, compuesto, como hemos dicho, por personas que desarrollan relaciones mínimas de confianza con el capital o con el Estado, y que no son abarcadas por las premisas del contrato social. Además de la inseguridad laboral y de ingresos sociales inseguros, el precariado experimenta insuficiencias en lo que dice respecto a las identidades basadas en el trabajo y en el empleo. El primer tipo compromete la capacidad de construir la acción colectiva; el segundo socava las posibilidades de construir una carrera. Esta situación desemboca en experiencias de ciudadanía incompleta, así como en pocas posibilidades de movilidad social ascendente.

En un estudio desarrollado por Savage y sus colaboradores (2013), en el cual fueron identificadas siete categorías de clase, el precariado es la clase económicamente más pobre y necesitada en lo que concierne a los tres tipos de capital (económico, social y cultural). Para los autores, esa clase refleja la existencia de un grupo importante que se caracteriza por una inseguridad significativa en todas las medidas del capital. Además, consideran que es muy poco probable que los miembros de esa clase hayan frecuentado la universidad. Sin embargo, pensamos que esa afirmación no puede ser totalmente corroborada en los casos de España y Portugal, donde existe un número importante de jóvenes que tienen un título universitario, aunque eso ni siempre se traduce en un trabajo cualificado y bien pagado, a la altura de sus expectativas.

La formación del precariado puede entenderse mejor si se toma como el proceso por el cual las personas son precarizadas. Ese proceso corresponde al conjunto de las "presiones y experiencias que conducen a una existencia precaria, de la vida en el presente, sin una identidad segura o sentido de desarrollo alcanzado a través del trabajo y estilo de vida" (Standing, 2011: 16). Un posible resultado es la experiencia de una "discordancia de estatus" que provoca un sentimiento de frustración de status. Esa es una situación recurrente entre los jóvenes trabajadores en situación precaria. En lo que se refiere a su composición, el precariado sólo

puede ser definido como heterogéneo, aunque se puede decir que, para todos aquellos que forman parte del precariado, el trabajo es instrumental e inseguro.

Las olas de indignación fueron en parte motivadas por el descontento provocado por la integración de una parte de los asalariados en el precariado y por una dinámica generalizada de movilidad social descendente. A pesar de la heterogeneidad señalada más arriba, los jóvenes se encuentran entre los candidatos más claros de pertenecer al precariado. Ellos, aunque tengan niveles de educación más altos que las generaciones anteriores, suelen entrar en el mercado de trabajo a través de empleos precarios. Como la precariedad se ha convertido en una tendencia frecuente en la entrada al mercado de trabajo, los jóvenes experimentan un sentimiento fuerte y generalizado de descualificación.

La dinámica referida tiene como consecuencia la aparición de una masa creciente de personas que sienten insatisfacción y frustración profundas, y que por lo tanto están menos predispuestas a involucrarse en la política. Entre los jóvenes precarios es fácil identificar discursos marcados por una gran hostilidad hacia generaciones más mayores y sus estructuras de acción colectiva. Una de las hipótesis que puede dibujarse es que, debido al alejamiento de la actividad política y de las estructuras de la democracia representativa que es manifestado por los ciudadanos, los que están afectados por la precariedad tienden a movilizarse sólo si están motivados, por un período corto, por un acontecimiento percibido como negativo. A pesar de tener objetivos y de ser consciente de su oponente, el precariado aún no ha encontrado la forma de hacerse representar en la política formal. Ese hecho hace más difícil su identificación como actor político.

Las olas de indignación suscitan algunas preguntas acerca de la coherencia de esta respuesta a la crisis. ¿Estas protestas y actores colectivos ofrecen una estrategia defensiva o, contrariamente, movilizan se en torno a un proyecto para superar la crisis? Mientras que la primera presupone una mera jugada defensiva como la resistencia a recortes de gastos sociales, la segunda implica, según Wright (2012), una reconstrucción o transformación de las condiciones económicas y políticas sociales de los ideales democráticos. Sin embargo, ¿hasta qué punto es posible un tipo de política progresista dadas las condiciones dramáticas a las que nos enfrentamos hoy en día? El autor asume que la salida del capitalismo no es una opción en el período histórico actual ya que no se presenta un tipo de estrategia de ruptura viable. Algunas de las propuestas presentadas por el autor, como la economía social y la solidaridad, también son contempladas en el discurso de la indignación. Además de la restitución de las condiciones anteriores, inherentes a un compromiso de clase positivo, el discurso de la indignación subraya la necesidad de un modelo alternativo de economía. En ese sentido, la reconstrucción de un compromiso positivo no parece ser la forma más realista de superar la crisis. Tal vez, la búsqueda de una alternativa basada en estrategias que fortalezcan dominios no capitalistas sea más eficaz.



## 5. Conclusión

Los episodios recientes de acción colectiva en Europa, especialmente en España y Portugal, son caracterizados por la presencia del sentimiento de indignación. La emergencia de los indignados tuvo lugar en un contexto de agitación política, económica y social intensa. Protestan contra el sistema capitalista y la clase política, demandan mejores condiciones de vida, un sistema diferente, trabajo decente y derecho a tener un futuro. Avanzan con demandas de un nuevo tipo, reformulan las anteriores por medio de la aplicación de nuevos símbolos y lenguajes, y demandan agendas y repertorios políticos nuevos. Son considerados como no políticos por que rechazan las "viejas" ideologías. De la misma forma que otras movilizaciones contemporáneas, las olas de indignación pueden ser entendidas como señales de la "reaparición" de la sociedad civil y como expresiones de un antagonismo entre la sociedad civil, el Estado y las instituciones internacionales que imponen la austeridad. El campo social está dividido entre los que son partidarios del racional de la austeridad y aquellos que la rechazan vehementemente. Este conflicto abarca cuestiones que van más allá de las cuestiones tradicionales, relacionadas con el ámbito de la producción.

La formación de los indignados puede ser contemplada como un paso en la construcción de un nuevo bloque histórico, de una voluntad colectiva nacional-popular basada en una alianza entre clases o grupos subordinados, que se compone de elementos de la nueva clase media y del precariado, aliados con algunos elementos procedentes de la antigua clase media. Este actor colectivo emerge a partir de su diferenciación de las instituciones y prácticas que promueven el discurso de la austeridad y expresa el rechazo de la idea de la inevitabilidad de los cambios que se están produciendo. El antagonismo identificado permite colocar a los indignados en el campo de la política. La presencia de un antagonismo y la verificación de un conflicto ponen de manifiesto un enfrentamiento sobre la forma en que la sociedad es instituida y sobre el control y asignación de recursos clave. Los indignados contestan el orden instituido, demandan una alternativa, y hasta ahora han tenido éxito en la desconstrucción del discurso de austeridad/inevitabilidad y del consenso que sostiene la democracia liberal y el sistema capitalista.

Este actor colectivo puede ser ubicado en el ámbito de los nuevos movimientos sociales y de una nueva política: expresa contradicciones internas e inconsistencias del sistema de valores de la cultura moderna, y la naturaleza de la protesta es influenciada por valores pos-materialistas. Los nuevos movimientos sociales adoptan formas de acción extra institucionales, motivadas por la incapacidad de respuesta de las instituciones democráticas. Son criticados por su organización incipiente y por las ideologías "borrosas", y eso es usado como argumento para cuestionar su capacidad para lograr el cambio social.

Hemos sostenido que segmentos de las clases medias, en particular de las nuevas clases medias, juegan un rol central en las últimas movilizaciones. La participación de las nuevas clases medias en nuevos movimientos sociales es considerada una propiedad emergente de la opción individual en términos del empleo, y, en ese sentido, como un caso de radicalismo de clase media. Las credenciales educativas son también importantes, ya que ayudan a moldear los valores que influyen en las elecciones individuales en términos de empleo. Esto quiere decir que aquellos

que ocupan posiciones que no dependen directamente del capital económico están menos predispuestos a adoptar valores pro-capitalistas y a involucrarse en un tipo de política pro-capitalista. Los beneficios de la acción son esencialmente emocionales y expresivos, y la seguridad económica de la clase media permite a sus miembros a involucrarse en la nueva política, influenciada ampliamente por valores post-materialistas. No obstante, el crecimiento del precariado agrega nuevos elementos a la ecuación.

Después de un período de movilidad social ascendente generalizada, las clases medias experimentan ahora procesos de degradación social y económica. También se ven afectadas por la precariedad laboral, lo que implica procesos de precarización de las trayectorias de vida. Puede decirse que la indignación moviliza a un contingente creciente de personas cuya existencia es cada vez más precaria y de inseguridad permanente y total. Aunque originalmente la indignación era protagonizada por las clases medias, especialmente por las nuevas clases medias, el radicalismo de clase media y el habitus pequeño burgués no son todavía suficientes para explicar la ola de protestas recientes. Las cuestiones que tienen que ver con la privación material readquirirán centralidad. Las olas de indignación conjugan política expresiva y política instrumental. Por lo tanto, consideramos que los indignados configuran una combinación única de acción expresiva e instrumental en la medida en que, además de las demandas por más y mejor democracia, justicia y un sistema alternativo que no sea dominado por cuestiones económicas, luchan contra la precariedad laboral y por un trabajo decente. Por tanto, ya no podemos asignar exclusividad de los valores post-materialistas. Estos elementos ponen de relieve los cambios en la acción colectiva y requieren nuevas hipótesis.

Como última observación, quisiéramos hacer referencia a la distancia mantenida por los nuevos actores colectivos en relación a estructuras como sindicatos y partidos políticos. Deben ser capaces de movilizar a sus propias agendas a través de los canales institucionales apropiados o permanecerán circunscritos a cambios en los valores y en las mentalidades, sin tener repercusiones políticas importantes. Son necesarias nuevas alternativas, una vez que la reconstrucción de un compromiso de clase positivo dentro del sistema capitalista parece cada vez menos viable. Sin embargo, aquellos deben basarse en los valores democráticos y presionar para una reinversión de las prácticas en las instituciones burocráticas en el sentido de una mayor transparencia y de objetivos emancipadores. De lo contrario, las promesas populistas van a destruir lo que aún queda de la cultura democrática.

## 6. Referencias bibliográficas

- Abercrombie, Nicholas and John Urry. 1983. *Capital, labour, and the middle classes*. London, Boston: G. Allen & Unwin.
- Arendt, Hannah. 2010. *La Condición Humana*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós.
- Bagguley, Paul. 1995. "Middle-class radicalism revisited". Pp. 293-309 in *Social Change and the Middle Classes*, edited by T. Butler and M. Savage. London: UCL Press.
- Beck, Ulrich. 2000. *Un nuevo mundo feliz: La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich. 1998. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- Bourdieu, Pierre. 2011. *O Poder Simbólico*. Lisboa: Edições 70.
- Castel, Robert. 1995. *As metamorfoses da questão social. Uma crônica do salário*. Petrópolis: Editora Vozes.
- Castel, Robert. 2010. *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, Manuel. 2013. *Redes de Indignação e Esperança*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Cohen, Jean & Andrew Arato. 2000. *Sociedad Civil y Teoría Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Della Porta & Mario Diani. 1999. *Social Movements. An Introduction*. Malden, Oxford, Melbourne: Blackwell Publishing.
- Eder, Klaus. 1993. *The New Politics of Class. Social Movements and Cultural Dynamics in Advanced Societies*. London, Newbury Park, New Delhi: SAGE Publications.
- Estanque, Elísio, Hermes A. Costa & José Socero. 2013. "The new global cycle of protest and the Portuguese case". *Journal of Social Science Education - Issue 1/2013*
- Estanque, Elísio. 2011. "Informalidades, precariedades e ação coletiva: luta sindical ou novos movimentos sociolaborais?". Pp. 377-408 in *Marchas e Contramarchas da Informalidade no Trabalho: das origens às novas abordagens*, edited by R. Vêras de Oliveira, D. Gomes and I. Targino. João Pessoa: Editora Universitária.
- Estanque, Elísio. 2012. *A Classe Média. Ascensão e Declínio*. Lisboa: Fundação Francisco Manuel dos Santos.

- Estanque, Elísio & Hermes Augusto Costa. 2012. "Labour Relations and Social Movements in the 21st century". Pp. 257-82 in *Theories, Realities and Trends*, edited by D. Erasga. Rijeka (Croatia): Intech.
- Ferreira, António C. 2012. *Sociedade de Austeridade e direito do trabalho de exceção*. Porto: Vida Económica – Editorial, SA.
- Gramsci, António. 1971. *Selections from the prison notebooks*. New York: International Publishers.
- Gramsci, António. 1974. *Obras Escollidas*. Vol. 1. Lisboa: Editorial Estampa.
- Inglehart, Ronald. 1977. *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Melucci, Alberto. 1996. *Challenging Codes. Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laclau, Ernesto. 2010. *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Laclau, Ernesto & Mouffe, Chantal. 2010. *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Marcuse, Herbert. 2002. *One – Dimensional Man. Studies in the ideology of advanced industrial society*. London, New York: Routledge.
- Mouffe, Chantal. 2000. *The Democratic Paradox*. London, New York: Verso.
- Mouffe, Chantal. 2007. *En torno a lo Político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina S.A.
- Offe, Claus. 1985. "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics." *Social Research* 52 (4): 817-68.
- Parkin, Frank. 1968. *Middle Class Radicalism*. Melbourne: Melbourne University Press.
- Paugam, Serge. 2000. *Le salarié de la précarité. Les nouvelles formes de l'intégration professionnelle*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Saenz, Hermán C. 2014. "Las causas del descontento: Análisis de las protestas mundiales 2006-2013." *El Diario*, April 8, Retrieved April 12, 2014 ([http://www.eldiario.es/agendapublica/nueva-politica/causas-descontento-Analisis-protestas-mundiales\\_0\\_247425554.html](http://www.eldiario.es/agendapublica/nueva-politica/causas-descontento-Analisis-protestas-mundiales_0_247425554.html)).

- Savage, Mike, Fiona Devine, Niall Cunningham, Mark Taylor, Yaojun Li, JohsHjellbrekke, Brigitte Le Roux, Sam Friedman and Andrew Miles. 2013. "A New Model of Social Class? Findings from the BBC's Great British Class Survey Experiment." *Sociology* 0 (0): 1-32. Retrieved June 1, 2013.
- Standing, Guy. 2011. *The Precariat. The New Dangerous Class*, London, New York: BloomsburyAcademic.
- Scott, Alan. 1990. *Ideology and the new social movements*. Boston: Unwin Hyman.
- Tarrow, Sidney. 1998. *Power and Movement: Social Movements and Contentious Politics*. Cambridge:Cambridge University Press.
- Touraine, Alain. 1981. *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Touraine, Alain. 1982. *Pela Sociologia*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- Touraine, Alain. 1984. *Le retour de l'acteur*. Paris: Fayard.
- Wright, Erik Olin. 2012. *Class Struggle and Compromise in the Era of Stagnation and Crisis*

---

Fecha de recepción: 01/07/2014. Fecha de evaluación: 15/08/2014. Fecha de publicación: 30/09/2014